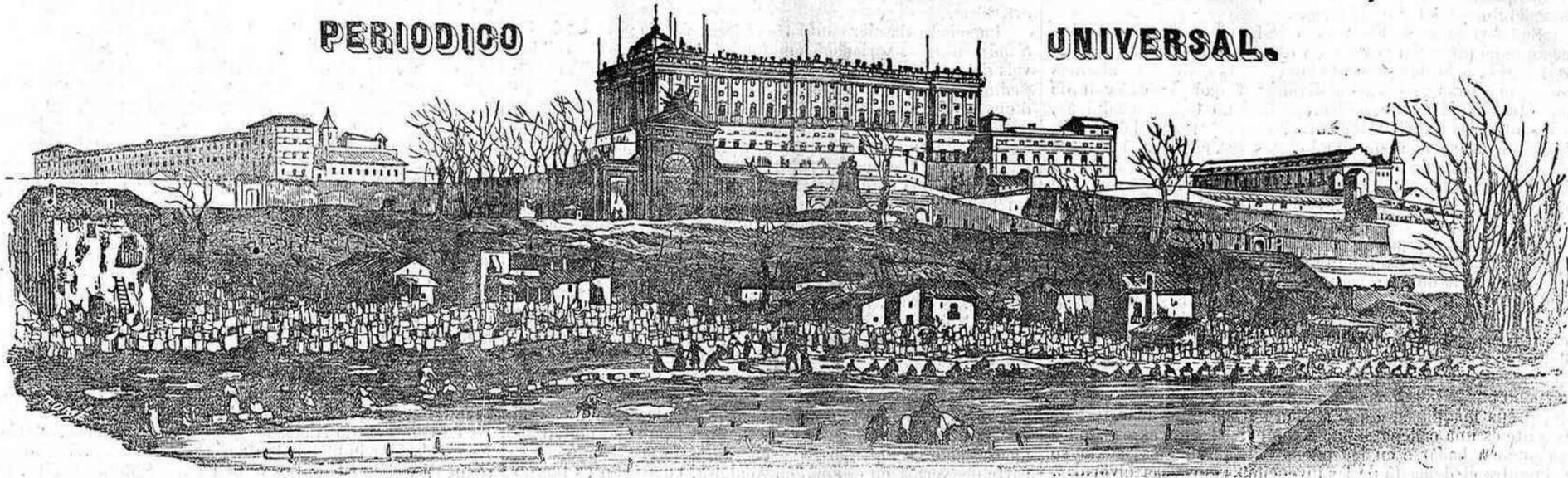


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 10.—SÁBADO 6 DE MARZO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

EXÁMEN FILOSÓFICO DE LA ESPOSICION UNIVERSAL.

Investigando lo que era la industria en el mundo hace trescientos ó cuatrocientos años, hemos descubierto sin mucho trabajo que la Inglaterra no llevaba ventaja alguna á la Francia, á la Alemania ni á la España. La Turquía, la Persia, las Indias y la China estaban entonces mas adelantadas que la Europa, supuesto que le daban sus tejidos de lana, seda y algodón, su porcelana, sus raros metales y los productos químicos mas necesarios.

Toda la Europa se veia reducida á emplearse en las indispensables manufacturas á que hoy todavía se dedican los pueblos bárbaros. Petrificadas, por decirlo así, la Italia, la Alemania y la Francia en el estrecho círculo de los gremios y corporaciones, no podian salir de él para desplegar las alas de su fantasía, cuando noticioso un soberano de la Gran Bretaña de las trabas y persecuciones que sufrían los pobres inventores franceses, encadenados por las ordenanzas de San Luis y oprimidos por los mil y cien reglamentos de Colbert, les ofreció un asilo en su reino. Estos refugiados, que se aumentaron con los de la revocacion del Edicto de Nantes, supieron pagar con largueza la hospitalidad de la Inglaterra, otorgando á esta nacion el cetro de la industria, y por consiguiente el de los mares.

Jacobo I fué, á nuestro parecer, el mayor inventor del mundo; mas grande que Watt, que Arkwigt, mas que Fulton

y Stephenson, supuesto que *inventó los inventores*. A él debemos en efecto los primeros hilados, la primera máquina de vapor, la primera locomotora y el primer piróscapo, inventando hace doscientos treinta años los privilegios de invencion. No tuvo mas idea que esta, pero el mundo deberia fundir las estatuas de todos los conquistadores, para elevar una imperecedera á su memoria.

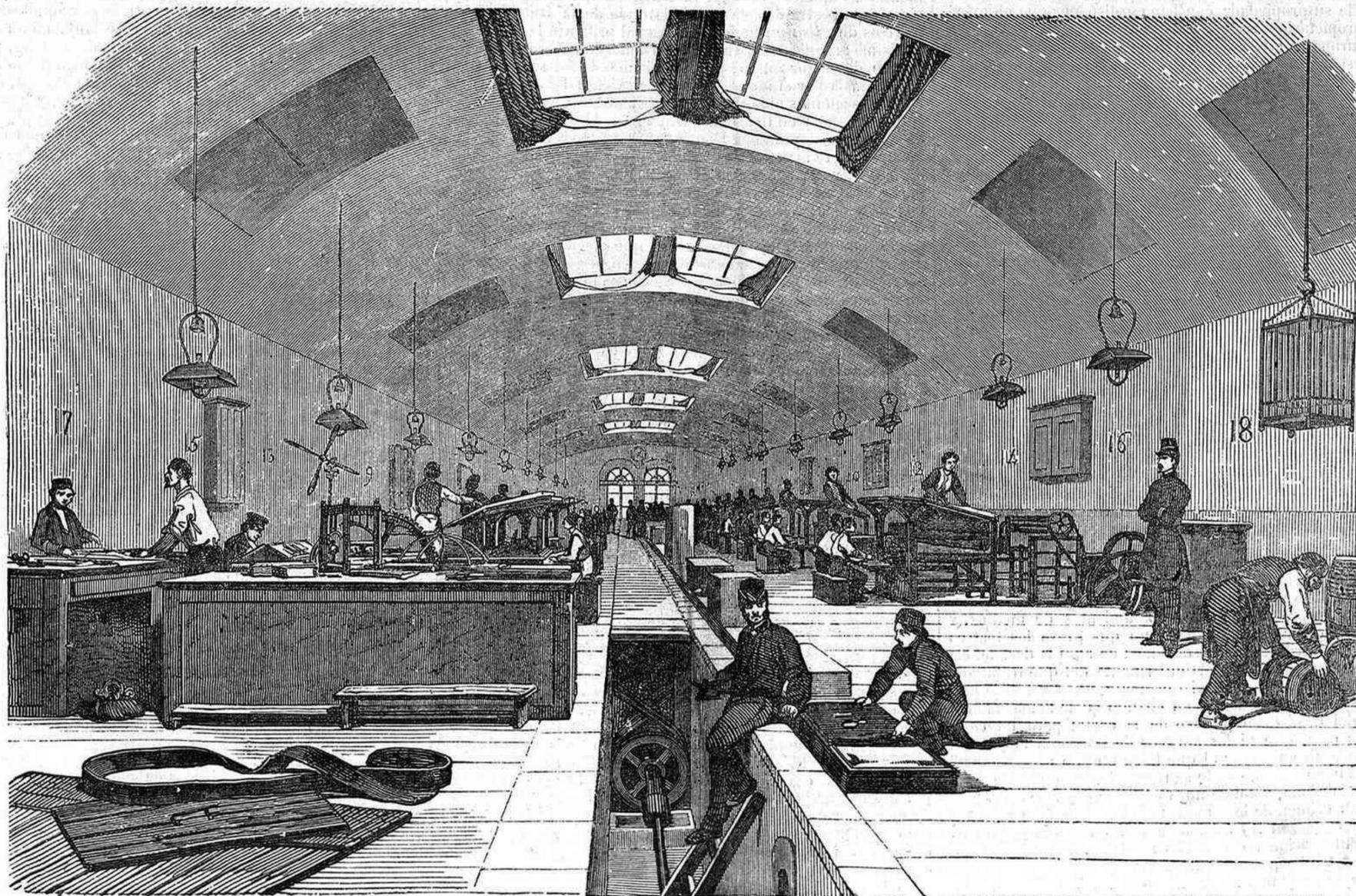
Los enemigos de toda propiedad, hasta de la intelectual, nos dirán que hubieran existido las grandes invenciones sin la proteccion de las leyes. Efectivamente hubieran existido, pero sin ejecucion, sin desarrollo, sin generalizarse. Para probarlo, queremos que los sostenedores de lo contrario se pongan en el caso del inventor, cuando este cree haber hecho un descubrimiento importante, porque lo ha trazado en el papel despues de infinitos esfuerzos de imaginacion y de paciencia: se trata entonces de poner manos á la obra y de sustituir á las líneas de lápiz, maderas ó barras de hierro ó de acero, lo cual exige desembolsos de crecidas sumas, y ya se sabe que los inventores por regla general no las tienen, pues si las poseyesen, nada inventarian, contentándose con gozar de las invenciones ajenas, y aun apropiárselas en caso necesario. ¿Encontrará el inventor el oro preciso en el gobierno de su país? Sin duda que no. ¿Y en los banqueros? tampoco; porque no presenta mas garantías que su talento y su conviccion, cosas ambas de mucho valor, pero que nunca se han cotizado en la Bolsa. La mas sublime invencion quedará en proyecto, y de aquí á mil años nos encontraremos como

hoy... Sin duda pensó esto mismo Jacobo I cuando concedió al inventor un título de propiedad, sobre el cual pudiese encontrar fondos y asociados para salir airoso en su empresa: así ha sucedido de dos siglos á esta parte.

Las grandes invenciones han costado sumas inmensas antes de llegar á perfeccionarse. ¿Quién hubiera sido capaz de adelantarlas con la seguridad de perderlas, si no se le concedía el derecho de perseguir á los innumerables plagarios, siempre dispuestos á apoderarse de todos los descubrimientos de algun valor? ¿Quién nos asegura que los indios y los chinos no concibieron antes que nosotros los planes de todas nuestras grandes invenciones, y aun los de otras mucho mas sublimes?

Pero como ninguno de esos pueblos cuenta con un Jacobo I, solo ejecuta ideas que puede guardar en secreto y transmitir á sus hijos. En cuanto á las invenciones que llevan el secreto consigo, ningun caso hacen de ellas los chinos, pues de lo contrario, tiempo há que nos hubieran dejado atrás.

Si España, en la época de su grandeza comercial, hubiera dejado á sus hijos la propiedad y la responsabilidad de sus obras ganando en tiempo á la Inglaterra, esta sería hoy lo que es España, y España lo que es ella: si la Turquía, la Persia y la China diesen mañana á los inventores una garantía mas segura y mas durable que la Gran Bretaña, los mismos ingleses irian á establecer sus talleres en otro suelo mas hospitalario: si la Inglaterra echase per tierra la obra semi-protectora de Jacobo I, su industria decaeria muy pronto,



Vista interior del establecimiento de MM. Name y compañía, impresores de Tours.

poniéndose al nivel de la de los pueblos privados de toda garantía en favor de la propiedad industrial, como Dinamarca, la Valaquia, la Moldavia, Marruecos, los Estados de la América del Sur y las tribus africanas.

Se ha visto, en la Exposición de Londres, que las naciones que no protegen por medio de las leyes sus propias invenciones, solo han presentado primeras materias y algunas obras maestras artísticas individuales, porque carecen de industria propiamente dicha, porque no tienen máquinas, esas potencias que dan á la Europa una superioridad evidente, y cuya fecha solo se remonta á dos siglos, es decir, á la época en que el gobierno británico se compadeció de los pobres inventores, y los salvó de la inquisición y de las hogueras del continente, para condenarlos tres veces á la multa de las reales patentes de Escocia, de Irlanda y de Inglaterra.

¿Y esto qué importa? Agradecemos esa conmutación de pena, ya que el continente, á ejemplo suyo, se contenta hoy con exigir de los inventores la bolsa sin la vida.

Ved esas sillas bordadas, esas armas damasquinadas, esas telas recamadas de oro y plata de los orientales; no son otra cosa que objetos artísticos, dignos de figurar en el palacio de la industria. El autor de esas obras magníficas es muchas veces solo, y puede llevarse al sepulcro su habilidad personal, pues no puede dejarnos sus manos, como los inventores nos dejan sus máquinas. La tradición de las obras maestras de Oriente es una cadena sujeta á romperse, y cuyos eslabones no pueden hallarse en las oficinas de privilegios, como se encuentra el depósito de las invenciones europeas olvidadas. Muerto el inventor oriental, muere su arte; pero aunque muera el descubridor occidental, vive su invención depositada y publicada. Esto es lo que muchos no han querido comprender hasta ahora.

Si los orientales llegan á comprender la causa primera de la superioridad industrial de Occidente, pensemos en la marina de vapor futura del imperio chino, en la artillería futura del Indostán, y en la industria futura de Oriente. Despues entrará la lucha de los trabajadores á ocho reales de jornal, con los que solo ganarán cuatro cuartos: la del trabajo libre con el trabajo esclavo...

Hemos arrebatado el timón de la industria á los orientales, y en nosotros consiste conservarlo; pero desgraciada será la Europa si el secreto de su superioridad llega á los oídos de los soberanos de Oriente, ó si los profesores de promiscuidad intelectual no les oscurecen la vista, presentándoles el libre paso industrial como el bello ideal de la producción barata, siendo por el contrario la muerte de la industria y del comercio: esto es, el empobrecimiento creciente de la sociedad.

Se buscan generalmente mucho mas lejos de lo que se debe las causas de los progresos de Occidente: unos los atribuyen á las influencias del clima, y otros á las necesidades que el tiempo ha creado: no falta quien supone que se deben á las instituciones irracionales, que han desarrollado el pauperismo, porque según su doctrina, la miseria es madre de la industria. Ignoran desde luego que la miseria solo puede engendrar miseria, y que el trabajo, único manantial de la riqueza pública, no es posible donde la propiedad de los productos no se halla asegurada. No hay mas que un medio para obtener el maximum de los esfuerzos industriales de un país, ó lo que es lo mismo, el maximum de su riqueza: consiste en que el artista pueda trabajar libremente, seguro de que nadie ha de arrebatarse su propiedad; consiste en disponer que el inventor sea propietario y responsable de sus obras.

En Europa se olvida que nuestros jornaleros nada tienen de comun con los esclavos que han pulimentado la gran puerta de malaquita, y esos vasos, esas mesas y eso: candelabros, dignos del palacio del Czar ó de Sardanápalo. Nuestros jornaleros, perseguidos por la desgracia, llenos de cuidados y de penas, son mas dignos de lástima que los pobres siervos de las crullas del Neva, cuyo porvenir está asegurado.

Ya que el inventor es el padre de la industria, debe gozar del derecho comun, y no ser tratado como paria, porque está llamado á salvar una sociedad que ha constituido y que no puede existir sin él: de este modo encontrará capitales para ejecutar sus obras, porque sin ellos no hay aparatos ni máquinas, sin máquinas no hay industria, y sin industria no hay trabajo ni pan, sino miseria.

CRITICA MUSICAL.

TEATRO REAL.—CONCIERTO DE LOS ESPOSOS GASSIER Y EL CLARINETISTA CAVALLINI.—LA CENERÉNTOLA.

Oh! El teatro Real!!!... qué teatro tan grande y tan lujoso!... pero ¿y los espectáculos que en él se presentan? preguntaría algún maldiciente, de estos que viven de la sátira y que no se paran á considerar la visible decadencia del teatro italiano, y la gran subvención que necesita un coliseo de tales exigencias como el de la plazuela de Oriente... Triste es en verdad, pero necesario confesar que sin grandes dispendios, que rara vez se hallan al alcance de un particular, no puede sostenerse ningún teatro que, como el que nos ocupa, tiene las pretensiones de ser de primer orden. El público pide mucho, tal vez mas de lo regular, atendidas las circunstancias; las empresas no son muy abundantes de medios, y el gobierno no solamente no da, sino que grava los teatros con fuertes contribuciones ó socallinas: de aquí la decadencia de todos los de España, y particularmente del que tratamos, el cual arrastará, hablando artísticamente, una existencia precaria y lastimosa. De cuando en cuando suele llamar algo la atención del desdenoso público de la corte; pero tal es la frialdad de este, que ni los gorgoros de la Alboni le pueden hacer constante en asistir al que hace un año escaso era el templo del buen gusto, donde se reunía lo mas escogido de la sociedad madrileña, y donde no era posible dejar de asistir sin cometer un crimen de lesa moda: aquí venían bien aquellos versos que empiezan Ay misero de mí! que tanto pierda!... y cuya continuación no podemos recordar. Pero dejemos á un lado los tristes pensamientos, y vamos á ocuparnos del concierto que ha tenido lugar en dicho teatro á principios de la presente semana.

La joven y graciosa española Doña Josefa Cruz, su esposo Luis Gassier, y el justamente célebre primer clarinete de

la Scala de Milan, Ernesto Cavallini, son los artistas que se presentaron en la espresada noche ante una escogida aunque no muy numerosa concurrencia, á lucir sus eminentes dotes artísticas.

La señora Gassier cantó tres piezas á solo; el aria de La Sonámbula, las variaciones de Pedro el Grande, y un rondó del maestro Venzano; en todas ellas lució una voz de soprano sfogato, de una estension tal, que dejó percibir por tres ó cuatro veces un fá sobre-agudo de precioso timbre, punto casi fabuloso en la generalidad de los sopranos; respecto á su agilidad, limpia y correcta, y á su pura escuela de canto, nada puede decirse que no parezca exagerado, aun despues de haber oído á la eminente Alboni; sin embargo, al escucharla un trino sobre el dó sobre-agudo limpio y correcto, y otro en el fá de larguísima duración, apianándole ó esforzándole á placer, como el que ejecutó en el vals de Venzano, no puede menos de producirse un entusiasmo comparable solo con el que el público demostró al escuchar á la señora Gassier en el espresado vals, cuyo repetición pidió entre bravos y estrepitosos aplausos. Esta pieza, que por haber sido estrenada en Madrid por la señora de Giuli carecia de novedad, la tiene sin embargo, porque la habíamos oído en mi bemol y reforzado el canto en la orquesta, en muchas escalas, y ahora la señora Gassier nos la ha dado á conocer tal como para esta señora se compuso en 1850, en mi natural, y sin los refuerzos que sirven para ayudar á cantatrices de unas facultades no tan inmensas como las que posee la señora Gassier: cantó además la parte de Norma en el duo con Adalgisa, cuyos cantos fueron ejecutados en el clarinete por el señor Cavallini; llegando á ser tan precisa la union del instrumento con la voz, que parecia un duo de flautas, según la dulzura con que ambos artistas se asimilaban en la ejecución de esta pieza, y especialmente en una fermata de esquisito gusto introducida en ella: tambien este duo fué muy aplaudido y mereció los honores de la repetición. Tenemos la mayor complacencia en escribir semejantes elogios de la señora Gassier, primero por que los merece, y segundo porque es española, aunque educada en Italia; esto es una prueba mas de que en nuestro país existen grandes facultades para el canto, y de que solo falta entusiasmo y educación. ¿Que dirá á esto el actual Conservatorio de música de Madrid?... lo ignoramos, pero estamos persuadidos de que no dejará de ruborizarse un poco.

El señor Gassier posee una voz de baritono de bastante estension y de muy buen timbre, la cual se presta mucho á las agilidads del aria del Mahometto, que cantó dicho señor con buen gusto y afinación: cantó asimismo otras dos piezas, á saber: la cavatina de la Lucrecia Borgia y la del Bravo, agradando sobremanera en todas ellas: nosotros que no somos partidarios de los conciertos, hubiéramos deseado ver y oír á este señor en la parte de Fígaro, que según los periódicos de Milan, ejecutó allí con extraordinario aplauso; porque el cantar con papel en mano y en un local tan grande como el escenario del teatro Real, es muy desairado para el artista y enojoso para el público, que goza mucho mas viendo al actor y cantante, que al cantante solo.

Precedido de una reputación europea, se ha presentado el señor Cavallini; para juzgar á este eminente artista, es necesario considerarle como compositor y como ejecutante. En cuanto á lo primero, sus composiciones son originales en la forma, propias para su instrumento, adaptadas á sus inmensas facultades y de una instrumentación rica y delicada; sirva de muestra de esta verdad la Coda de la fantasia sobre motivos de Elisa y Claudio, en la cual brillan á la vez un difícilísimo arpeggio del clarinete y un delicado scherzo de flauta y oboe del mejor gusto, y una variación de saltos de octava, acompañada por el metal. El señor Cavallini ha escrito muchas y excelentes obras para su instrumento, ya con piano, ya con orquesta, y en todas ellas brillan las dotes generales que de esta hemos apuntado. Como ejecutante parece que ha demostrado este artista su predilección por el golpe de lengua ó picado; y por la agilidad de los dedos, porque en estas dos partes es donde se muestra aun á mayor altura que su reputación, y esta ya hemos dicho que es europea: sentimos no contar con mas espacio para detenernos en analizar paso por paso los de una dificultad inmensa que ejecuta este artista, que son muchos, llegando á tal extremo su agilidad, que ejecutando ciertos períodos, nos parecia escuchar dos clarinetes, uno que cantaba y otro que hacia el arpeggio: otra circunstancia reúne el señor Cavallini, y es la de poseer un pulmón tal, que le permite ejecutar una variación ó paso de treinta y dos compases sin tomar aliento; si además de lo dicho se toma en cuenta que el señor Cavallini toca con un instrumento antiguo, que no tiene los recursos de los de Lefebre y de los del sistema de Boher, se comprenderá la magnitud del talento de este artista, á quien deseamos volver á oír para admirar de nuevo su prodigiosa agilidad y su elevado genio.

Por el epígrafe de este artículo verán nuestros lectores que nos habíamos propuesto hablar de La Cenerentola, pero nos falta espacio, y solo diremos que pasó como debía pasar, es decir, en silencio, si se exceptúa el rondó final, que cantó la Alboni tan deliciosamente como ella sabe cantar siempre sus arias, y que con justicia se hizo aplaudir estrepitosamente. En otro número seremos mas explicitos sobre dicha ópera.

BARBIERI.

AGONIAS DE LA CORTE.

No vayan á creer los lectores al leer este artículo, que pienso bajo él decirles que está Madrid agonizando, como no falta quien lo diga de la nación entera, amenazada, según algunos espíritus atrabiliarios y no del todo contentos, de una porción de males que no vemos la mayor parte de los españoles, que tenemos por lo menos tan buen juicio como el que estos espíritus tenían, antes de haberle perdido por desgracias particulares. Tampoco crean que las agonías de que quiero escribir; les han de poner á ellos en la de leerme con cierta miedosa repugnancia, semejante á la que pudiera producirles la visita de un hospital. Nada de eso: mi objeto no es otro sino el de sacar partido del modo particular de morir que se puede emplear en la corte, que como la vida que en ella se hace, es algo mas variado que el que suele emplearse en ciudades menos populosas, donde la vida es mas clara y la muerte menos oscura. Lo que pien-

só pues publicar con este título no es otra cosa sino algunos modos de morir, entre los cuales, como conocen los lectores, los habrá mas ó menos graciosos, y hasta puede haber alguno que haga reír á carcajadas, y que si no produce este efecto, mas será por falta de estilo mia, que porque en el fondo no tenga él tanta sal y donaire como la cosa mas alegre. Como hasta ahora no se ha observado que nadie haya muerto, sin vivir de una manera ó de otra, puede que alguna de estas agonías toque de refilon alguna parte de la vida del moribundo, y pique por consiguiente en historia. Filosofía y talento es lo que le pido á Dios, que buena falta me hace, y como él me lo conceda, de mi cuenta corre hacer de las agonías de la corte una lectura sobrosísima y entretenida. Y ahora, sin pensar mucho en el modo mejor de empezar, y sin curarme de que sea mejor ó peor la primera agonía que yo cuente, que las otras que irá contando, porque al fin mis agonías han de tomarse una con otra, y á ojo de buen cubero, voy á enterar á los lectores de los últimos instantes de la vida de un buen hombre, que á haber muerto en otros tiempos, mejor cuenta le hubiera tenido, y á quien la poquedad de ánimo y la confusión de la corte, han hecho morir con tanta oscuridad, que nadie sabría una palabra de tal cosa, si afortunadamente no estuviera aquí yo para entreteuer un rato de mi vida á costa de la muerte de los que se mueran.

La casa del tío Nicolás es una casa muy mala, y el tío Nicolás es por lo menos tan malo como su casa. Toda ella se reduce á un cuarto que sirve de cocina y de despacho, porque el tío Nicolás, por ser algo, es zapatero de viejo y marido de su muger, y en aquel cuarto suele trabajar, cuando trabaja, y en aquel cuarto, enfrente del hogar, debajo de una ventanilla tiene su cama, y encima de ella colgadas en una soga unos cuantos chalecos, pantalones y zagalejos de su muger, en bastante mal estado para que vistan á la soga mas que á sus curiosos dueños. Otro cuarto á este inmediato es tambien de la pertenencia de estos buenos inquilinos, pero á la sazón está ocupado por una malísima cama, por una silla de esas sin respaldo de los zapateros, por una pila de agua bendita córrompida ya, por no haber sido renovada en mucho tiempo, por un crucifijo de marfil, amarillento y viejo, por dos melones colgados en el techo, por tres ó cuatro chanclas viejas que andan rodando por el suelo, y por un pobre hombre que está muriéndose en la paz de la soledad, que afortunadamente reina en aquel cuarto; ¡gran fortuna para un enfermo, no tener ruido ni quebraderos de cabeza con el alboroto de una familia imprudente! Ni el tío Nicolás ni su muger se curaban una gran cosa del enfermo, y la última era solo la que entraba, con la ternura que distingue al bello sexo, á darle, sin saber si al enfermo le convenia, un caldo, sustancioso no, pero tan cargado de grasa, que despues de haberle tomado, parecia que nada podia apetecer el paciente, en cuyos labios, frios ya con la proximidad de la muerte, quedaba congelada á impulsos del aire húmedo que por aquel cuarto corria, toda la grasa del pesado caldo, con lo que el enfermo hasta postres tenia, que le duraban de caldo á caldo, conservándole en la boca un delicioso sabor, aunque un poco frio, de aquella apetitosa grasi ud.

Las noches pasaban en un profundísimo silencio alderredor del moribundo, nadie le molestaba, y si hubiera podido dormir, para qué queria mas; pero no pegaba los ojos, y hasta descaba con anhelo en algunos momentos, cuando su mal le afligia mucho, que alguien entrase por aquel sosegado cuarto; pero nadie entraba ni nadie respondia á su deseo. Verdad es que esto le sucedia por cortedad de genio, porque lo mismo el tío Nicolás que su muger, le tenían dicho que no tenia mas que dar una voz, y al momento subirian, cuando necesitase algo. Muchas veces necesitó mucho, y hasta llegó á querer llamar, y llamó; pero su voz estaba muy débil y se helaba en el aire, y luego desde el cuarto del matrimonio, hasta el del enfermo, que estaba un piso mas alto, habia veinte y cuatro escalones, todo lo cual unido á ser el enfermo corto de genio, y al refrán de que genio y figura hasta la sepultura, hizo que hasta bajar á ella pasase las noches solo, y los dias poco acompañado. Afortunadamente no fueron muchos, y la enfermedad sin ser aguda fué breve, razon por la cual no la ayudó ningún médico, porque el tío Nicolás y su muger habian pasado sin él por trances mas apurados. Una sola vez pidió el enfermo un facultativo, pero le respondió su huésped, suavizando la voz consoladoramente:—Misté qué Dios! para qué quisté méico, maldita la falta que hace. Y el enfermo respondió con débil aliento: Bien; y se quedó sin médico. Juguete de sus pasiones, habia este pobre hombre que ahora se está muriendo, abandonado el pacífico hogar de un honrado notario eclesiástico, que en su casa de una ciudad de provincia habia dado caritativa acogida al bueno del reverendo padre fray yo no sé cuantos, porque su nombre no ha pasado á la historia, cuando este se encontró esclausurado de la noche á la mañana y huérfano á los cincuenta años de edad. Nuestro buen padre, adornado con todas las prendas de un santo varon, lleno de candorosa inocencia, alejado del mundo, acostumbrado á la importancia que su jerarquía de provincial le daba en el convento, y bondadosamente prendado de algunos períodos efectivamente buenos de sus sermones, sacó á lucir al mundo un carácter que todo lo bueno tenia, menos talento y tino en los negocios. No será yo el que se meta á querer pintar con sus verdaderos colores, ni el cariño que toda la familia del notario cogió al buen religioso, ni el trastorno que en ella hubo el día fatal en que este, en su asiento de galera, tomó el camino de Madrid, llevado por su deseo de hacer carrera, y lleno de una ambición evangélica: tan inocentes eran sus pretensiones, y tan inocentes las fuerzas con que contaba para salir adelante en su vida de corte.

Llegó á ella por fin y paró en el meson en que paraba la galera, meson que como todos los de su clase, era indecente, pobre, y habitado por chusma mas indecente aun, aunque no tan pobre. Diéronle al buen religioso un cuarto, chico, irregular, con mal suelo y peor techo, blanqueado con cal y limpio como una patena, no solo de porquería, sino tambien de adornos. No le pareció del todo mal este cuarto á nuestro modesto padre; pero á pesar de esto, hubiera indudablemente cambiado de posada, si al aconsejarse, para hacerlo con tino, de la mesonera, que era ni mas ni menos que una de estas morenas hacendositas y agudas como la punta de una lan-

ceta, no le hubiera esta asustado diciéndole, que lo que es en la corte, por menos de tres ó cuatro duros no podría vivir como no fuera en otro meson, peor que el mio, como ella decía, porque bien sabe Dios que la ley que yo cojo á mis huéspedes, no se la coge nadie. En ese mismo cuarto, añadía, he tenido á un señor oidor, que vino aquí á pretensiones y estuvo un año, y le cogí tanto cariño como una madre, y todavía me escribe todos los correos y se acuerda de mi trato y de lo que hice por él.

Parecióle todo esto muy natural al inocente religioso, y el ejemplo del señor oidor le hizo creer que todo el que no pudiera resistir los enormes gastos de una corte, tendría en ella una habitacioncita como la suya.—Como esta ¿eh? le decía la patrona; ya quisieran!—Y yo para mí, para qué necesito mas? respondía, ya convenido en todo, el inocente padre. En poniendo en este cuarto debajo de la cama algunas manzanas, colgando en las vigas del techo algunas mazorcas de maiz, y teniéndole curioso, con algunas estampas que traigo yo para pegarlas á las paredes, quedará un cuarto muy cuco y muy recogido. No habian pasado dos horas desde que el huésped habia manifestado estos deseos, cuando ya la diligente mesonera habia tendido sobre unas pajas debajo de la cama, hasta seis ó siete libras de manzanas, y habia colgado en las vigas del techo, además de dos mazorcas de maiz, tres racimos de uvas y cuatro pepinos sembrados de granos de cebada, que ya habian echado sus tallos y estaban verdes y hermosos que no habia mas que ver. Púsole además una rincónera, la cual, por ser hecha de la tabla de un pesebre, cubrió con un retaco de una colcha encarnada, adornándola además con una botella, que encima puso, en cuyo cuello se sostenia un hermoso ramillete de plumas de pavo real, y en un santi-amen quedó el cuarto tan á gusto del padre, como el padre á gusto de la patrona. Quien así vivió durante seis meses, no tiene nada de particular que muriese como íbamos contando, para lo cual solo le hacia falta quedarse sin dinero y entregado á los recursos de su pobre carácter. No tardó esto en suceder mas de medio año, cuyo tiempo pasó nuestro buen hombre aturdido con las grandezas de la corte, mareado con su movimiento, y sin comprender por consiguiente cómo en ella se vivía. Todo su amor por el predicador se perdía en el aire, como se habian perdido la mayor parte de las palabras de sus sermones, y se convertía en humildad y pobreza de espíritu, ante las mas miserables de las personas con quienes tenia que entenderse para sus negocios. Toda esta timidez habia sido nacida de la idea que él habia formado de los enormes caudales de todos aquellos que en la corte vivian en otra parte que en un cuarto como el de su meson. Las palabras ligeras que su patrona habia dejado caer sobre él, hablando del gasto diario de una persona en la corte, fueron indudablemente las que, grabándose firmemente allí en lo íntimo de su poco experimentado pecho, hicieron acaso la desgracia de este infeliz.

Por ellas se quedó contentísimo en el meson, y por quedarse en el meson, y por decir que estaba allí muy contento, fué despreciado y tenido en menos por una persona, la única para quien habia traído una recomendación, y que podía haberle servido de mucho, que salió del cuartito del religioso llena de cal, medio atufada con el olor de las manzanas, y renegando y riéndose al mismo tiempo del fraile cochino, grosero y mal criado, que tan contento vivía en aquel chiribitil. Aquella maldita frase de «porque yo para mí, para qué necesito mas», dicha de muy buena fe al que vino á visitarle, probó á este que efectivamente nada mas necesitaba, y que era uno de tantos hombres sucios, cínicos y egoístas que para nada sirven sino para dar mal olor á las habitaciones. Negóse pues desde allí en adelante á su recomendado, y se olvidó completamente de sus pretensiones.

¡Oh desgracia desgracia, y por cuántos caminos llegas á tomar posesion del que señalaste por tu víctima! A un hombre tan corto de genio como nuestro padre ex-provincial, esta falta de proteccion en quien él traía puestas todas sus esperanzas, le acoquinó de tal manera, que bastó para hacerle renunciar bien pronto á sus planes; pero por pronto que este cambio se efectuó en un hombre tan bendito y tan indolente como él, ya se habia pasado el medio año que hemos dicho, y en este medio año habian pasado todas sus medias onzas de oro, que en esta moneda traía todo su dinero, de su bolsillo al de los mesoneros, que en cambio lo habian tratado como á cuerpo de rey. Escribió entonces nuestro hombre al notario su amigo, diciéndole su situacion, y pidiéndole al mismo tiempo el dinero necesario para volverse á su pacífico y amistoso hogar. Loco este de contento, así que recibió la carta se la leyó á toda su familia, y remitió al momento al pobre religioso hasta unos seiscientos reales, con el encargo de que si algun dinero le sobraba, se llevase de la corte alguna de las muchísimas cosas de gusto que en ella habria. Recibido este dinero, al momento dispuso su viaje el desengañado religioso; pero le estaba reservada al triste una mala fortuna, de la que ciertamente no era digno. Le estaba reservada nada menos que la desgracia de morir sin auxilio humano ni divino, con una muerte tal, que ni por sueños amenazaba al santo varon. Peripicias hay en la vida humana, que de pequeñas en pequñas causas, llevan á los hombres desde su ordinario y comun estado de maquinuelas despreciables y egoístas, hasta el sublime de la dicha ó del infortunio. Por una de estas peripicias llegó á encontrarse en una posicion sublime, el prosaico y vulgarísimo padre ex-provincial, que ni sabia lo que eran peripicias, ni cómo, pasito á pasito se camina muchas veces al verdadero sublime. Todo el toque estuvo en que el dia antes de ponerse en camino, cayó enfermo, y todo el toque de que esta enfermedad le llevase adonde le llevó, estuvo en que ni los mesoneros eran buena gente, ni mediana tan siquiera, y en que él era un pobre hombre que desde que entró en Madrid se redujo al estado de un niño, porque no le cabia otra cosa en la cabeza, y sin voluntad y atorolado obediencia á la pícara de la mesonera, que era mala como lo es la gente villana cuando no la da por ser buena, con la maldad mas impía y mas grosera que han inventado los hombres, si es que no nos la ha regalado Dios.

Al dia siguiente de caer enfermo le propuso la huéspeda, que maldita la gana ni la disposicion que tenia para asistirle, que se levantara de la cama, puesto que todavía podia hacerle, y que ella le traspasaria la cama á casa de unos vecinos, compadres suyos, que le tratarian como de la familia, y

que esto se lo decía por su bien, y para que no le molestara la bulla del meson.—Señora, la dijo él (que siempre la llamaba así, con cierto respeto de educacion fina, el pobre teólogo), señora, bien está, vamos á ver, á ver si puedo moverme.—¡Vaya si puede V.! replicó la patrona, y en un abrir y cerrar de ojos le incorporó en la cama. Vamos, proseguía, mientras le iba vistiendo con precipitacion, como quien viste á un pelee, no se avergüence V. porque yo le vista: un enfermo no tiene nada! Ea! tan guapo! ¿Qué es eso, se tambalea V.? Vamos, quieto aquí en esta silla, que voy á traer un caldo capaz de volver la vida á un muerto. Y guardadico que le tenia yo para V.!

A poco rato volvió, y que quieras que no, hizo tomar su caldo, que estaba sazonado como una gloria de Dios, al obediente huésped, y á la calle con él.

Sostenido por un mozo de mulas llegó por fin á casa de los vecinos, á quienes ya habia hablado la mesonera, que eran el tío Nicolás y su muger; y allí el infeliz, que habia hecho un grande esfuerzo en su debilidad, quedó medio desmayado. Cuando volvió en sí se halló acostado en la misma cama que tenia en el meson, que habia hecho traspasar la mesonera de su casa á la de los vecinos, y á poco rato entró esta, y habiéndole ajustado la cuenta de la cama, halló, ó por mejor decir, hizo hallar á su buen huésped, que del dinero que habia entregado el dia en que cayó enfermo, que fué todo el que el infeliz tenia, no le quedaban ya sino diez duros, para atender á su enfermedad.—Bien está; está bien, señora, dijo el pobre enfermo, guarde V. ese dinero y váyame V. cuidando, que Dios se lo pagará.—Eso haré yo con mucho gusto, respondió la patrona; y dando cuatro duros á su vecina se fué diciéndola, que como aquel era tiempo de fiestas, porque estábamos á fin de año, no podría volver por allí en cuatro ó seis dias.—El demonio del hombre! añadió, pues no ha ido á ponerse malo en mal tiempo; ¿para qué queria yo mas castañas de Navidad que tener enfermo en casa? Ea, Ambrosia, que así se llamaba la vecina, adios, y echa hoy un trago mas á la salud del enfermo: Es un infeliz, harás lo que quieras de él, sin que te diga esta boca es mía.

Bien conocido le tenia la mesonera: en los cuatro dias que el pobre vivió asistido por el tío Nicolás y su mujer, empezando por la asistencia, pasó sin chistar privado de todo recurso, sin mas desabogo que la exclamacion hecha maquinalmente y sin intencion, de sea todo por Dios! que era su muletilla favorita.

Estaba pues en el estado en que hemos dicho al principio, solo y sin amparo, y encomendado al cariño de sus nuevos patronos, el dia de noche buena. Serian las nueve de la noche, cuando entraron en su cuarto el tío Nicolás y su muger á advertirle que si necesitaba algo aquella noche no se cansara en llamar, porque ellos iban á casa de unos parientes donde habian reunido sus colaciones, á soltar una cana, comiendo y bebiendo en alegre compañía.—Bien está, está bien; fueron las últimas palabras del enfermo, que apenas habian pasado dos horas, cuando empezando á sentir un dolorosísimo trastorno en todo su cuerpo, vió convertirse su enfermedad, hasta entonces tan apacible, en la agonía mas cruel que ha pilado á nadie á solas y cara á cara. Yo entiendo muy poco de medicina, y no sé explicar de otra manera á los lectores esta violenta y mortal crisis de aquella enfermedad, sino por aquello de que á este pobre hombre le llegó su hora. Como él se las compuso con la muerte yo no lo sé; pero es de presumir que se las compusiera de mala manera, y variando algo su bendito carácter, porque amaneció con la cara de muerto de muy mal humor, y con los puños cerrados, y con las piernas descompuestas, como el que anduvo sin duda ninguna á coces y á puñetazos con sus dolores y con su abandono.

Con la mayor indiferencia del mundo se encontraron al muerto por la mañana los cuidadosos patronos, que volvieron á sus casas mas alegres que unas pascuas, con el vinillo y la cena. Algo les molestaron las diligencias, con que se ocuparon una porcion de gentes de policia, que suelen siempre ocuparse mas con los muertos que con los vivos, antes de poder enterrar el cadáver. Por fin salió este de casa del zapatero en cueros vivos, y así, desnudo como su madre le habia parido, volvió á entrar en la tierra de que habia sido criado, sin pretensiones, sin bulla, y tan en silencio, que esta es la hora en que ni el notario ni ninguno de sus amigos, despues de tantos años, saben una palabra de esta agonía, que solo donde el bullicio y la indiferencia de los hombres tiene su asiento, podía haber pillado á todo un ex-provincial, sin mas defecto que el de ser un pobre calabaza, á pesar de haber llegado á ser fraile de campanillas.

Séale la tierra tan ligera, como insulsa y poco interesante es su historia.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

MODAS.

Escribir de modas es tarea ardua ahora que las de invierno están muy vistas, y es la estación muy avanzada para renovarlas. Las de primavera necesitan que los rayos del sol sean mas ardientes, para dejarlas madurar en la imaginacion de las modistas. ¿Luego no hay mas de que tratar que de lo pasado ó de lo futuro? Sí, siempre que el asunto sea la soberana del bello sexo, habrá algo presente, alguna idea inédita que comunicar á las que tanto asiduo culto le rinden. La cuarema es la sepultura de las galas de invierno, y prepara el camino para los nuevos astros que pronto aparecerán en el firmamento de la moda; la nueva era que se inaugurará con la primavera, es la que se constituye en antipoda de la que espira ahora. En esta todo es arte: el alumbrado, las flores, la atmósfera de las fiestas nocturnas, es todo debido al ingenio del hombre; todas cosas muy encantadoras al pronto, pero que producen luego hastío y cansancio. No así con los placeres de abril y mayo. La mano oculta que los prepara, el pincel invisible que les da colorido, forma ese conjunto tan bello, llamado naturaleza. Ya se acerca esa época de flores, de pájaros, de campos, de mariposas, de citas á la sombra de una acacia, de *tête à tête*, al aire libre. Pero basta de descripciones campestres, ó de pinturas á la Watteau. Despues del semi-idilio que precede, intruso en una crónica de modas, es preciso introducir á las lectoras al asunto local.

Los conciertos reemplazan ahora á los bailes, y aunque no es tan vasto el campo que estos ofrecen para desplegar los primeros en una completa *toilette*, los verdaderos oráculos en estas materias encuentran suficientes medios de hacer resaltar los vestidos menos vistosos que se usan en estas funciones. Las preciosas sedas chine se adaptan admirablemente á estos casos, y es regla fija que las telas de seda son siempre preferidas á las ligeras, para *soirées* no *dansante*. Se hacen los trajes con volantes ó dos faldas; advirtiéndose á las elegantes no incurran en el absurdo de adornar las faldas de estos con flores, pues este es un agravio á la armonía que debe siempre presidir á una *toilette*, falta que los franceses llamarían un *crime de lèse bon-gout*. En cambio se amoldan bien, para guarnecerlos, lazos, cintas, *lamé* de oro y plata, ó rizados en ondulaciones. Los vestidos *rebrocché* tienen tambien mucha aceptación, particularmente los de fondo negro con volantes rodeados de guirnalda de flores de colores; estos se llaman á la Marigueta, nombre debido á la galanteria parisiense hacia las españolas; y dejando á un lado la modestia, no podian escoger mejores madrinan para propagar las invenciones que brotan de su fértil ingenio. En adornos de cabeza es tal la diversidad que existe, que no se sabe á cuáles dar la preferencia.

Lazos de cinta escocesa mezclados con cuentas brillantes, flores con caídas por detrás, coral en rama, redes de perlas cubriendo el pelo, *seggnies* de oro rodeando varias veces la cabeza, *feronnières* de pedrerías, y un sin número de otros, siempre por el mismo estilo, pero diversificados por la nomenclatura de Dianas, Ceres y todo el calendario mitológico. Los trajes de calle siguen con tendencia imitadora hacia los cortes de las modas masculinas; el chaleco es ya una prenda favorita, gracias á su mucho abrigo y verdadera comodidad.

Dicen los periódicos franceses que ha alcanzado gran boga una tela de seda y lana, propia de trajes de mañana, por llamarse Armadura á lo Francisco I; pero no es posible dar crédito á semejante extravagancia. Si acaso hay algun fundamento para esta noticia, es de esperar que ese nombre no se use fuera del santuario de las *lionnes*.

Los azabaches se han apoderado de todo el espacio disponible de los vestidos. En forma de fleco guarnecen todos los volantes; formando *agrément* serpentean la delantera de las faldas: en hechura de botones adornan las batas; los sombreros han sido tambien invadidos por este relumbrante adorno. Con el raso rosa, verde ó amarillo, hace muy buena mezcla; con los sombreros de terciopelo es indispensable ó plumas salpicadas de estas cuentas, ó blondas bordadas con las mismas.

A lo que se consagra un especial cuidado ahora es á la ropa blanca: nunca ha llegado esta á adquirir el lujo ó importancia de que goza en la actualidad. Riquisimas batistas y delicados encajes se usan con profusion, y toda persona que desee poseer el sello de la verdadera elegancia, no dejará de esmerarse en esta parte esencial del tocado. La Villa de París, calle de Alcalá, núm. 36, aumenta siempre su fama por las joyas que en este género encierra, y es sin duda el almacén que hoy goza de mas reputacion en la corte para los objetos que conciernen á lo mas importante de la *toilette*. Esto unido á la incansable renovacion de su surtido, lo hacen ser el predilecto de las personas de buen tono.

Despues de estas noticias de modas que tomamos de *El Heraldo*, solo nos resta llamar la atencion hacia los nueve figurines de la página 104, en que aparecen diferentes trajes de señora y caballero, para mañana, para casa, para calle y para sociedad.

BIBLIOGRAFIA.

El señor D. Balbino Cortés ha publicado recientemente un *Manual del cultivador del lino y cáñamo*, con el nuevo método para preparar estas plantas sin enriarlas ni embalsarlas. El señor Cortés empieza describiendo minuciosamente el cultivo del lino y cáñamo, cosa tan importante en España, por ser como todos saben uno de los ramos mas lucrativos de algunas de nuestras provincias. Sigue á esto una *Memoria* del autor sobre la preparacion de aquellas dos plantas, la que fué tomada en consideracion por el ministerio de Instruccion Pública. Despues de esto el señor Cortés hace una sencilla é interesante explicacion de las máquinas y uso de estas, que se emplean para la preparacion del lino y cáñamo.

Para dar una idea mas exacta de la utilidad de esta obrita, transcribimos á continuacion las siguientes líneas.

MÉTODO SENCILLO Y FÁCIL PARA BLANQUEAR EL LINO Y EL CÁÑAMO.

Tanto el lino como el cáñamo adquieren con el agua de las balsas un color oscuro que solo puede quitarse á fuerza de blanqueos, siempre imperfectos y que siempre quemar los hilos y las telas, con operaciones que duran muchos meses.

En los linos y cáñamos preparados sin agua desaparecen estos inconvenientes, pues la materia *gomo-resinosa* que los ensucia, en dos ó tres dias se estrae sin alterar la fuerza y consistencia de los filamentos.

¿En qué consiste pues la diferencia de los linos y cáñamos blanqueados á fuerza de agua y los que no lo están? En que antes de enriar ó embalsar para curarlos, la materia *gomo-resinosa* que en parte solo cubre los filamentos, que son naturalmente blancos y puros, pero que curándolos tambien con dicha materia se desnaturalizan, impregna á los filamentos de una tintura que se oscurece mas y mas con las materias estrañas del agua de las balsas ó del polvo y tierra que cogen en los prados donde se blanquean.

Antes he manifestado que esta materia *gomo-resinosa* es la que endurece y pone ásperos los filamentos, por cuanto en la primera operacion la hilaza se separa del cáñizo por medio de la máquina, y que mientras alguna materia de esta clase queda adherida á los filamentos, es difícil, cuando se cardan, el separarla y dejar las hebras tan finas y suaves como deben de estar.

He dicho tambien que por la segunda operacion la máquina separa una cantidad considerable de esta materia, para que el lino y el cáñamo que resultan sean finos y muy suaves despues de peinados; teniendo mas resistencia que la que les

queda despues de haber estado en los pudrideros. No solo el cáñamo se suaviza preparándolo con esta clase de máquina, sino que la operacion se ejecuta pronto, sin recurrir á otros medios que comunmente se acostumbran.

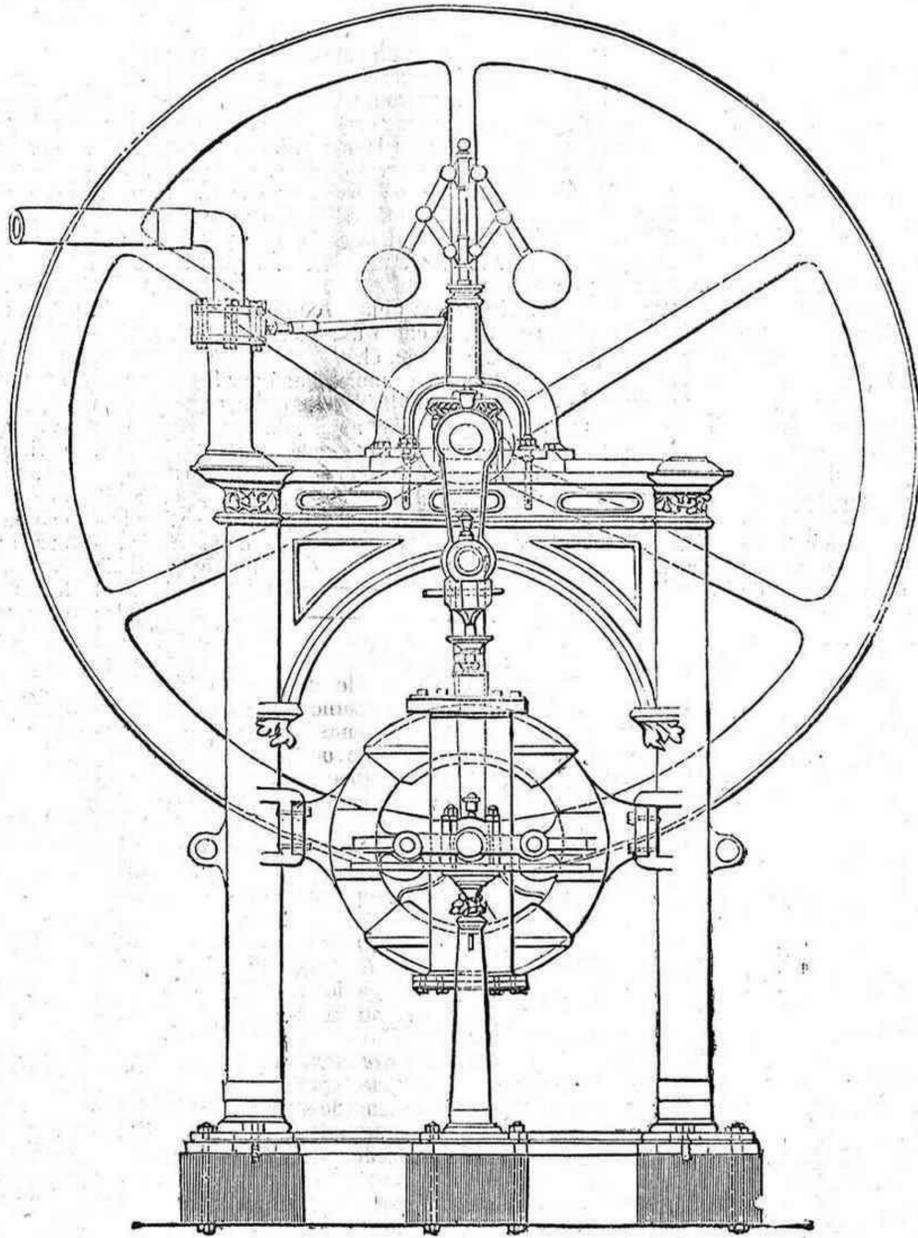
De todos modos, cuando se quiera tener el lino ó el cáñamo tan suaves como la seda y de un color muy blanco, el modo de conseguirlo es el siguiente.

Se toma la hilaza en madejas chicas ó grandes, así como quedan despues de la primera operacion, cuidando no tengan ningun pedazo del cañizo y que las puntas esten peinadas. Se colocan, sin doblarlas por el centro, y si posible fuera en toda la estension de ellas, en una vasija ó medio tonel sin tapadera, muy limpio, echando agua clara hasta cubrirlas.

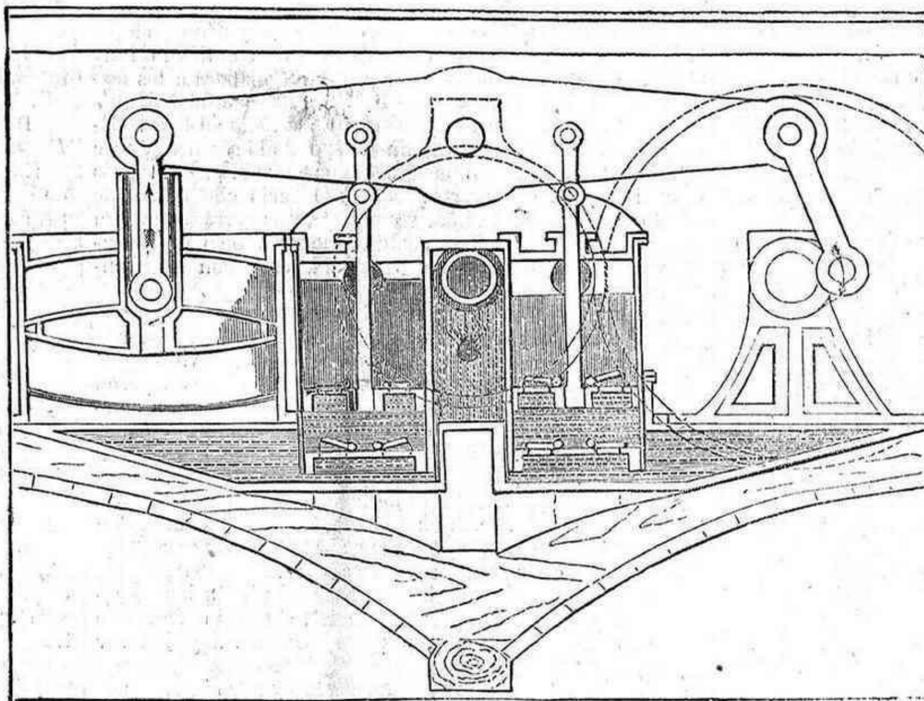
Se dejan en remojo doce ó veinte horas (si es necesario) sin tocarlas, poniendo la vasija en un sitio abrigado si fuese en invierno para resguardarlas de las heladas; despues de lo cual se sacan las madejas una tras otras, y se enjuagan para quitarles todo el color que aun conservan, y escurriéndolas por medio de la presion para secarlas sobre cuerdas, estiradas al aire libre ó bien en habitaciones espaciaosas y bien ventiladas, ó bien antes se pasan una por una por la lejía siguiente:

Debo antes advertir que aunque las madejas no esten retorcidas ni tampoco dobladas por el medio, se puede muy bien sacarlas del agua sin enredarlas, consiguiendo esto si se hace bien la operacion, con algun cuidado y atencion.

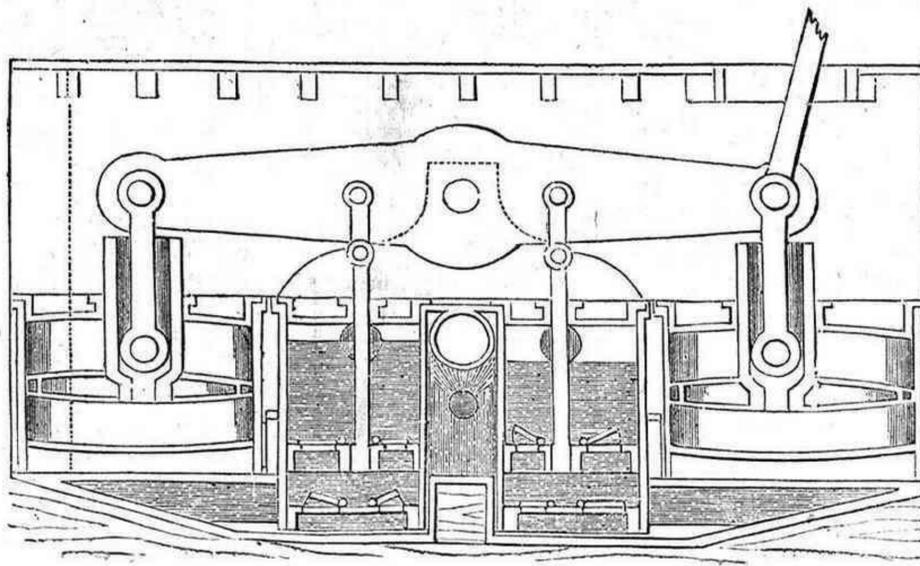
La lejía se hace con cenizas de carbon de madera igual á la que sirve en las casas para blanquear la ropa lavada. Las madejas de lino ó cáñamo se meten



Máquina oscilante de vapor. (Fig. 1.ª)



Máquina oscilante de vapor. (Fig. 2.ª)



Máquina de vapor para buques.

Si se quiere que el lino ó el cáñamo sean muy blancos y muy suaves, se colocan despues de sacadas las madejas de la lejía y escurridas, en una cuba muy limpia. Se hace agua de jabon, poniendo una onza de él por libra de hilaza, y cuando esté hirviendo se echa encima, se tapa en seguida la cuba, y se la deja en este estado doce horas sin tocarla. Despues se sacan, se enjuagan con agua clara y se secan.

Si las madejas quedasen despues de cualquiera de las anteriores operaciones tiesas ó ásperas, es fácil el remediar este mal con solo meterlas en la máquina, y que en ella sufran unas cuantas vueltas, que las afinarán, completando la operacion las cards ó los peines.

Si la calidad y dureza del lino ó del cáñamo, como asimismo el grado superior de finura y blancura que se desee, con solo una lejía ó agua de jabon se mejora mucho, conservando su fuerza, sin sufrir otra operacion que la que se les hace á los lienzos mas finos, delicadas muselinas y batistas superiores sin alterarlas; tambien la estopa adquiere por este método un precio que nunca consigue por los acostumbrados hasta ahora.

El buen resultado de la operacion depende del lavado con agua clara y de repetirlo tantas veces como sea necesario.



Venus.



Estatua de Safo.

en una cuba, como he dicho en la anterior operacion, y encima se les echa la lejía muy caliente ó casi hirviendo; luego se tapa la cuba para conservar el calor, y en este estado se deja veinte ó veinticuatro horas sin tocarla, y sin hacer lo que suele hacerse, que es dejar colar la lejía, pues es necesario que permanezca todo este tiempo dentro de la cuba, sacando luego la hilaza, que se lava en agua clara tantas veces como sea necesario para que quede muy clara; luego se aprietan sin torcerlas y se dejan secar en las cuerdas.

La lejía hecha con cenizas de madera, puede substituirse con la barrilla ó la potasa, la sosa blanca ó la cal; para ello se ponen á 100 azumbres de agua clara cuatro libras de potasa y dos de cal viva: lo cual se decanta despues de deshecha la potasa, siendo esta lejía (aunque floja) de bastante fuerza para el efecto que es necesario.

Si se han lavado las madejas en agua clara y escurriéndose despues de la primera operacion, así como despues de haber ellas sufrido la accion de la lejía, se quedan suaves y de un color claro y hermoso, puede muy bien volverse á pasar por la máquina las madejas, cuando esten muy secas, algunas veces, con lo cual adquirirán una finura extraordinaria que se perfeccionará con los peines,

Creo, sin embargo, que esta operacion no se juzgará como pesada é incómoda, pues es sin duda mas fácil que las usadas hasta ahora por los medios acostumbrados, resultando al contrario ventajas importantes con este método de preparar el lino y el cáñamo sin embalsarlos ni enriarlos como acabo de explicar; reduciéndose toda la operacion á los principios siguientes:

- 1.º Abolir completamente la operacion mas cansada y peligrosa de la agricultura, cual es enriar el lino y el cáñamo para producirle un principio de putrefaccion.
- 2.º El aumento en cantidad y calidad de los productos del cultivo del lino y el cáñamo, y por consecuencia de nuestros lienzos.
- 3.º Gran disminucion en los trabajos del blanqueo del hilo y de las telas y en los gastos que exigen.
- 4.º En fin, porque con este método en todas partes puede plantarse el lino y cáñamo sin necesidad de construir balsas para amerarlos.